

II.

Luis XIV se hallaba triunfante. Sin embargo, si no le hubiese cegado el orgullo, hubiera comprendido que, acosando á la Europa hasta el último extremo, habia de acabar por concitarla contra él, que los débiles se habian de coaligar para su defensa comun, y que, uniéndose, serian más fuertes que él; hubiera previsto que tambien él, el gran rey, podria llegar un dia á ser el más débil y á sufrir los insultos que por tanto tiempo habia prodigado á sus enemigos. Ya se descubrian en el horizonte los signos precursores de la tempestad. Luis XIV desdeñaba sin duda á los oscuros escritores que procuraban levantar contra él la Europa; tal vez los innumerables folletos que provocaban á una coalicion no llegaron siquiera á conocimiento del príncipe soberbio, sentado en su trono como en un Olimpo. Sin embargo, aquellos folletos eran la expresion de la opinion pública, y sus títulos solamente eran ya significativos. Léase: *Nuevos intereses de los príncipes de Europa, en que se trata de las máximas que deben observar para conservarse en sus Estados y para impedir que se forme una monarquía universal.— El verdadero interés de los príncipes cristianos, tratado que hace patente el interes que tienen en oponerse á las pretensiones de un rey que quiere sojuzgar todos los Estados de Europa.* No son estos escritos los que tramaron la coalicion, pero demuestran que la Europa se agitaba, que veia el peligro, que sufría con impaciencia el yugo. Eran nubes que se iban formando mientras llegaba la chispa eléctrica que habia de inflamarlas.

«Ya hoy, dice uno de estos escritores (1), el rey de Francia impone la ley á los demas príncipes, y los trata como si fuesen súbditos suyos; ¿qué no haria si se le dejase aumentar su poder? Alcanzaria la monarquía universal á que aspira, y ¿quién entonces se atreverá ó podrá oponérsele?» Luis XIV no solamente aspira á la monarquía, sino que obra ya como monarca universal: «¿No ha tratado á los príncipes de Alemania y á la república de

(1) *El Verdadero interes de los príncipes cristianos* (1687), p. 72.

Génova como esclavos, no ya como súbditos? Un rey no se atreve, por su propia autoridad, á despojar á sus súbditos de sus bienes. Y el rey de Francia, por su propia autoridad, ha despojado de sus Estados á los príncipes de Alemania, lo cual es atribuirse un poder que solamente tienen los amos sobre sus esclavos. No hay príncipe en la cristiandad á quien Luis XIV no haya armado cuestion deliberadamente. Se ha atrevido á apoderarse de los Estados del rey de Suecia que radican en Alemania, despues de tantos servicios como le ha prestado la Suecia, por la única razon de que están á su alcance; se ha atrevido á atacar al papa, á pesar de llamarse hijo mayor de la Iglesia. ¿Quién, pues, no tiene motivo de temor?» ¿Cuál es el único remedio para este peligro? «Cuando un rey se eleva demasiado y se hace temible á sus vecinos, la política exige que los demas príncipes se unan para humillarlo, ó al ménos para impedir que siga engrandeciéndose.» El autor recuerda las coaliciones que se formaron contra la casa de Austria y que impidieron que la Europa cayera bajo el yugo de Carlos V y de Fernando II. Recuerda que la triple alianza detuvo las usurpaciones de Luis XIV en los Países Bajos, que la liga de 1674 salvó á la Holanda cuando iba á perecer.

Si los aliados no se hubieran dividido en Nimega, las condiciones de la paz hubieran sido muy diferentes: «Por la union y la concordia las cosas pequeñas llegan á ser grandes, y por la desunion y la discordia las cosas grandes se arruinan. Si los príncipes quieren conservar sus Estados para su posteridad, deben reunirse nuevamente con más vigor que nunca, y conservar inalterable esta union hasta que hayan humillado á la Francia y la hayan obligado á devolver lo que ha usurpado injustamente» (1). ¡La humillacion de la Francia! Hé aquí el grito de venganza provocado por la insolencia de Luis XIV. Esta amenaza podia parecer ridícula lanzada por oscuros escritores. Pero era la voz de la conciencia pública, y acabó por levantar la Europa entera contra la ambicion francesa.

Para vergüenza del imperio, no fué el emperador, no fué la dieta la que tomó la iniciativa de la gran alianza; fueron las Pro-

(1) *El Verdadero interes de los príncipes cristianos*, c. 1 y 3 (1687).

vincias Unidas y la Suecia. Luis XIV había ofendido al rey de Suecia y al príncipe de Orange, alcanzando con las usurpaciones de sus cámaras de reunion á algunos antiguos aliados de la Francia. Esto era demostrar que no trataba de respetar ningun derecho, ni guardar consideracion alguna. La liga contra aquella ambicion devoradora llegaba á ser cuestion de vida ó muerte. Propagóse insensiblemente por Alemania. Si los príncipes alemanes hubieran tenido el sentimiento de su dignidad, hubieran debido apoyarla unánimemente. Sin embargo, ¿quién lo creería? hallóse resistencia en el único que, segun los historiadores modernos, tenía algun patriotismo (1). Pero el movimiento de oposicion fué más poderoso que el egoismo de los príncipes. La Alemania entera se unió contra el enemigo comun, así el Mediodía como el Norte, los católicos como los protestantes (2). Aquella union tan rara, ¿era debida al amor á la patria y á la libertad? Sería una ilusion el creerlo. La revolucion de Inglaterra y el advenimiento de Guillermo de Orange fueron los que cambiaron la política europea. Guillermo fué el alma de la coalicion. Por un justo juicio de Dios el vengador de los pueblos salió del seno de la nacion más insolentemente hollada por Luis XIV. La revolucion de 1688 completó su elevacion y le puso en estado de resistir las invasiones de la Francia.

Sin la caida de los Estuardos hubiera sido muy difícil á Guillermo formar una coalicion seria. Las Provincias Unidas estaban divididas. Allí como en Alemania, pero por otras causas, el interes particular dominaba frecuentemente al interes general. El partido republicano guardaba rencor, y no sin razon, al príncipe de Orange; temia la guerra, porque la guerra habia de consolidar la dominacion del *stadhouder*. Habia ademas otro partido que se decidia por la paz, el comercio en grande. El egoismo mercantil es muy parecido al egoismo de los príncipes. Opinaba que la paz con condiciones cualesquiera era preferible á la guerra, y que, á falta de la paz, debia aceptarse la tregua ofrecida por Luis XIV, ántes que entrar en una conflagracion general tan terrible como ruinoso. El miedo inspiraba aquella política de paz, tanto en Ho-

(1) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. IX, p. 106 y sig.
 (2) RANKE, *Französische Geschichte*, t. IV, p. 42.

landa como en Alemania; se decía que el poder de la Francia habia crecido tanto que las Provincias Unidas con sus aliados no conseguirian contrapesar sus fuerzas. Habia, no obstante, un tratado que obligaba á los Estados generales á socorrer á España. Veamos cómo cumplió sus compromisos la política del miedo. Cuando Luis XIV anunció que iba á poner sitio á Luxemburgo, se levantó en Holanda un clamor universal de reprobacion. ¿Contra el usurpador? No, contra la víctima. Se acusó á los Españoles de demencia porque se atrevian á resistirse, y porque con su loca resistencia comprometian la suerte de sus aliados. En lugar de socorrer á España, como estaban obligados, los estados generales celebraron con Francia un tratado en el que se comprometian á hacer aceptar á España la tregua, y á separarse de su alianza, si se negaba. El embajador de España exclamó que la república prostituía su honor (1).

Como se ve, la postracion, la pusilanimidad, los cálculos del egoismo dominaban en los comerciantes ni más ni menos que en los príncipes. Sin embargo, la república desplegó muy pronto un valor, una perseverancia y un desinteres igualmente admirables. ¿Quién fué el inspirador de aquel generoso movimiento? Guillermo de Orange. Él y el oro de los Holandeses y de los Ingleses mantuvieron en la coalicion á la aristocracia de príncipes del imperio, príncipes mendigos, cuya codicia hacía temer á cada instante que se separasen de la alianza por un poco de oro ofrecido por Luis XIV (2). Es preciso ponerse en medio de aquel conflicto de pequeñas pasiones y miserables intereses, si se quiere apreciar la grandeza de Guillermo. Consuela realmente encontrar un espíritu político que, si bien carece, como todos sus contemporáneos, de las ideas de derecho y de nacionalidad, comprende al menos el verdadero interes de su pueblo y obra con arreglo á él. En su declaracion de guerra Guillermo acusa á Luis XIV de invadir todos los Estados para satisfacer su ambicion, violando los tratados; dice que se une á sus aliados para oponerse á los desig-

(1) LEVÉE, *Negociaciones*, p. 218, 261.

(2) MACAULAY, *History of England*, t. VII, p. 73.

nios del rey de Francia, « el perturbador de la paz y el enemigo comun de la cristiandad » (1).

§ V.—Coalicion general.

La grande alianza no consiguió humillar á la Francia, como pedian los publicistas y los deseos de los pueblos. Luis XIV dictó, como siempre, las condiciones de la paz de Ryswyck: « No hace la paz, dijo el conde de Portland á un mariscal de Boufflers, la impone con arrogancia y con dureza » (2). La Inglaterra y las Provincias Unidas sostenian solas el peso de la guerra, áun cuando ésta favoreciera principalmente los intereses del imperio. En 1697 Guillermo manifestó con toda claridad al enviado del emperador que no se hallaba en estado de continuarla; escribió á su amigo el conde de Portland: « Si la Francia quiere la paz, nos veremos obligados á hacerla como podamos » (3). ¿ Por qué, pues, Luis XIV queria la paz? Habia emprendido la guerra porque el imperio se negaba á sancionar con un tratado definitivo las hazañas de sus cámaras de reunion. ¡ Y en las negociaciones de Ryswick él mismo ofrecia renunciar á sus piraterías! Si el vencedor de la Europa retrocedia, era para avanzar mejor. En medio de sus luchas con la coalicion, no habia dejado de ambicionar la herencia de España. El débil monarca que ocupaba el trono de Carlos V podia morir de un dia á otro. ¿ Qué iba á ser de aquella rica herencia?

Si el derecho hubiera decidido la cuestion, á la extincion de la casa real, la nacion española hubiera sido llamada á deliberar acerca de su suerte; los pueblos sometidos á la España, en Italia, en los Países Bajos, hubieran sido consultados tambien. Ni siquiera se pensó en ello; y si álguien hubiera pensado, no se le hubiera comprendido. La Europa estaba en plena era monárquica:

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. VII, p. 260.

(2) GRIMBLOT, *Letters of William III, and Louis XIV*, t. I, p. 118.

(3) IDEM, *ibid.*, t. I, p. 71 y 123.

la importancia de las naciones se media por el número de sus almas, como se aprecian los siervos á tanto por cabeza. Bajo el punto de vista de la política real, no era posible pensar en el derecho de los pueblos; no se trataba más que del interes de los príncipes. No se buscaba siquiera cuál era entre los pretendientes el que tenía mejores títulos. El interes político dominaba sobre los derechos particulares de los príncipes. Decíase que el equilibrio de la Europa se oponia á que las inmensas posesiones de los sucesores de Carlos V fuesen á parar ya á la Francia, ya al Austria. ¿ Cómo conjurar aquel aumento de poder que hubiera amenazado á la Europa con una monarquía universal? Tal era la única preocupacion de los hombres políticos. Esta gran dificultad va, pues, á ser resuelta por el interes. Veamos lo que hizo la doctrina del interes, aunque sea el interes general, para defender la independencia de Europa.

N.º 1.—*Los tratados de reparto.*

Luis XIV fué el primero que pensó en un reparto de la monarquía española. Preveía que la Europa no consentiria nunca en que reuniese en su cabeza la corona de Francia y la de las Españas. La renuncia que habia hecho y jurado le importaba muy poco, pero era un obstáculo diplomático, porque daba derechos al emperador. Habia, pues, dos pretendientes á la herencia de Carlos V. ¿ Por qué no habian de transigir en sus pretensiones? Es verdad que el trono de España estaba ocupado por un príncipe que, aunque débil, podia vivir y hasta dejar descendientes. Estas consideraciones hubieran hecho fuerza á dos particulares; pero los príncipes no se paran en tales escrúpulos. Luis XIV propuso ya en el año de 1667 el reparto de una herencia que habia de tardar todavía treinta y tres años. La oferta pareció singular á la corte de Viena. No preguntó al rey de Francia con qué derecho queria repartir una monarquía que tenía su monarca; pero, segun las palabras del príncipe Lobkowitz, le parecia ridículo repartirse la piel del oso ántes de haberlo cazado; además, temia que si los Españoles llegaban á tener noticias de tan inaudita negociacion, llegarían á